

Los felices años 20

La expresión nació en los Estados Unidos, que vivieron de 1919 a 1929, una década de expansión sin precedentes producto de una coyuntura propiciada por la llegada de dinero del exterior y de una demanda interior creciente que estimulaba la inversión como pocas veces lo había hecho. En otros países europeos, se habla más bien de “los locos años 20”, aunque tal vez en un sentido no muy distinto. Por lo menos desde 1926, en todas partes se registra un notable incremento económico. Por entonces se han superado los desastres de la guerra y los de la posguerra. Progresan la técnica y la vida se hace más fácil; también en muchos aspectos más libre. Y, sobre todo existe un ansia enorme por divertirse. Sin este ansia, que tiene una parte de optimismo y otra parte de huida de la realidad, no sería posible entender el sentido de los años 20.

Esta mezcla extraña de crisis y de renovación se traduce también, directa e indirectamente, a la dinámica de los comportamientos. Los “felices” o los “locos” años 20 no significan un regreso a la *belle époque*. Ahora todo se hace más libre y desenfadado. Hasta cierto punto, el nuevo ritmo de vida está relacionado con la urbanización del mundo y la facilidad de las comunicaciones, que permite una rápida transmisión a espacios muy amplios de modas y costumbres. Por los años 20, Nueva York, Tokyo, Londres y París rebasan ya los cinco millones de habitantes, y otras veinticinco urbes sobrepasan el millón. Las viviendas son ahora más sanas y los servicios públicos —agua, electricidad, limpieza, alcantarillado— alcanzan ya a muchos barrios modernos.

La vida no se ha hecho tal vez más fácil, porque la prisa, esa cualidad del siglo XX, impide muchas veces su sosegado disfrute. Pero el hombre civilizado tiene más medios que nunca de satisfacer sus deseos o de procurarse una forma de diversión. Tienden a desaparecer los trajes regionales y las costumbres arcaicas, en tanto que las modas, los usos, los horarios o los refinamientos propios de la ciudad van penetrando de forma progresiva en los pequeños núcleos de población. Desde luego, esas formas de vida caminan por lo general hacia una concepción más práctica y menos rígida de las cosas que en el período de entreguerras. Tal vez el desprestigio de la nobleza o de la aristocracia —sobre todo en los países que fueron imperios y ahora son repúblicas— contribuye al triunfo de lo informal, lo mismo en los vestidos que en los tratamientos. Un hecho destacable es que por los años 20 la falda de las damas se acorta por primera vez desde el neolítico. La vulgarización de las costumbres viene acompañada de un cierto relajamiento.

Muy típicas del período de entreguerras son las diversiones y los espectáculos de masas. Se impusieron especialmente los ritmos de baile que obligaban a movimientos bruscos y contorsiones: el jazz, el charleston, el yale y el fox-trot. El disco, el altavoz y la radio contribuyeron de forma extraordinaria a la difusión de estas formas de música. Pero el espectáculo más característico de entreguerras es el cine,

primero mudo, después sonoro. Creó figuras más famosas aún que el teatro, tan conocidas en el mundo entero como Charlie Chaplin, Mary Pickford o Greta Garbo.

José Luis Comellas, *Historia breve del mundo contemporáneo* (1998) (fragmento).

